

En el último planeta

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lancman Ink

loqueleo

Accidente en el espacio

Este libro trata sobre “Nada”. Sobre las aventuras vividas en ese planeta al que le pusimos nombre Marcia y yo, y al que llegamos por accidente cuando nuestra nave regresaba de Neptuno.

La mañana del 15 de febrero del año 2090, hace tres años, me embarqué en un cosmobús que me traería de regreso a la Tierra. Mis abuelos me llevaron hasta el puerto galáctico de Neptuno, cargándome poco antes de despedirse con regalos para todos nuestros parientes terrestres, además de un paquete con las extrañas frutas del lugar para que mis dos hermanos las probaran.

En Neptuno había pasado las vacaciones de verano, tres meses en los que tuve tiempo de recorrer una buena parte de ese planeta tan diferente al nuestro, con sus ciudades construidas en el fondo de los cráteres volcánicos apagados, sus gigantescos y atolondrados animales voladores y las curiosas costumbres de sus habitantes. (Con varios neptunianos de mi edad nos hicimos tan

amigos que todavía hoy continuamos intercambiando videomensajes).

Mis abuelos residían en Neptuno desde hacía quince años. Sin embargo, era la primera vez que los visitaba, como también el primer viaje que mis padres me permitían hacer solo. En realidad me había ganado el derecho a viajar en un concurso de la Teledifusora Interplanetaria 879, cuyo premio consistía precisamente en un pasaje al planeta que uno eligiera.

En Buenos Aires yo tenía uno de esos perros grandes y azules que traen de Venus, regalo de mi vecino Jeremías Einstein, quien se dedicaba a amaestrar canes que luego vendía a gente que no estaba condiciones de comprarse un mandadero-robot. En rigor, nuestro “Einstein” —ese fue el nombre que encontré para llamar al perro— jamás aceptó la orden de ir a hacer las compras a la Supertienda y hasta parecía sonreír irónicamente ante la insistencia de mi madre.

Una tarde, entonces, sonó mi CP¹ y, cuando atendí, alguien me dijo:

—¡Muy buenas tardes, muchacho! Te llamamos de “La Hora de la Ciencia”. Debes respondernos la siguiente pregunta: ¿quién fue el científico

1 Comunicador Personal.

terrestre autor de la Teoría de la Relatividad? Tienes veinte segundos para decir su nombre...

Le iba a contestar que no tenía la menor idea y que en casa estábamos hartos de la infinidad de programas de todos los planetas que a cada rato llamaban, cuando el perro levantó su pata izquierda e hizo pis sobre mi zapatilla.

—¡Maldita sea, Einstein! —le grité, tirándole una patada. Afortunadamente el aparato solo me estaba enfocando la cara, así que el animador del programa me dijo:

—Bueno, no es necesario que contestes de ese modo, muchacho. Pero entendemos tu alegría. ¡Felicitaciones! ¡Acabas de ganarte un viaje al planeta que prefieras gracias a “La Hora de la Ciencia”!

Fue así como pude viajar a Neptuno.

La nave que me tocó para hacer el viaje de regreso a la Tierra era una de esas de la Línea Cósmica de Neptuno, mucho más estrecha que la que me había tocado en suerte a la ida, aunque en compensación tenía grandes ventanales como para que los pasajeros disfrutáramos de la vista de todo el espacio interestelar.

Saludé a mis abuelos mientras el cosmo-bús comenzaba a ascender. Es una sensación muy

especial la de estar mirando a dos personas y que rápidamente, en segundos, comiencen a verse pequeñísimas, hasta convertirse en dos puntitos. Enseguida todo el planeta pareció apenas una naranja flotando en el espacio, y eso que Neptuno es mucho más grande que la Tierra.

En total éramos ocho pasajeros, además del conductor y la azafata, que por supuesto eran robots.

Sentada enfrente iba una anciana terráquea (mexicana) que mientras me acomodaba se dirigió a mí como si yo tuviera once años. Apenas soporté que lo hiciera, pero en la segunda oportunidad que me trató como a un niño no tuve más remedio que decírselo:

—Tengo doce años, señora —la corregí. Se quedó mirándome extrañada.

Con ella viajaba una chica que, como estaba de moda en la Tierra, llevaba la cabeza rapada, encerada, brillante, y pintadas las orejas a rayas transversales rojas y verdes. Era nieta de la anciana y extraordinariamente delgada. Me confundía el que fuera tan flaca y me gustara tanto: ¿cómo podía ser así, si precisamente mis favoritas eran las robustas chicas de tres senos de Neptuno, como lo

probaba la colección de cien fotos que llevaba en mi bolsillo? Era hermosísima. La abuela hablaba y ella parecía distraída. Calculé que tendría unos doce años (la chica).

Los primeros asientos estaban ocupados por un matrimonio de plutonianos. Los de Plutón tienen dos finas antenas que les nacen en la nuca y se doblan hacia adelante, golpeándoles cómicamente la cara. Cuando hablan (se oye un zumbido), las antenas se ponen rígidas y parecen afectadas por leves temblores. Tienen cuatro brazos y una estatura algo menor a la de un terrestre mediano.

Excepto los plutonianos, los demás nos comunicábamos en nuestros idiomas originales, en el ICU² o directamente con el audífono traductor (es obligatorio llevar uno cuando se viaja).

Detrás de los plutonianos iba un hombrecito de noventa centímetros de alto, proveniente de Gamonius. Personalmente conocía bastante sobre ese planeta de la Tercera Galaxia. Hacía poco en mi colegio habían proyectado una película en la que se mostraban las grandes ciudades enanas de Gamonius, con multitudes de esos seres pequeños yendo y viniendo por las calles entre edificios que parecían de juguete.

2 Idioma Cósmico Único.

—¿Viajas solo, querido? ¿Cuál es tu nombre, pequeño? —recuerdo que me preguntó la anciana.

—Bruno. Bruno Plop. Sí, viajo solo —le contesté.

—Aquel niño también viaja solo —nos dijo a su nieta y a mí, señalando al hombrecito de Gamonius. Reí a carcajadas (también la chica rio, mirándome y tapándose la boca), en tanto el hombrecito clavó su penetrante mirada en mí como dispuesto a mordirme si continuaba riéndome de esa manera.

Otro pasajero era el señor Piero N. Mastrángelo, al cual le hacían falta dos butacas para acomodar su traste descomunal. Era terrestre (italiano) y sumamente educado: antes de ir a su asiento saludó uno por uno a todos los compañeros de viaje presentándose con su nombre completo, deseándonos que disfrutáramos de la travesía y aclarándonos que había visitado Neptuno por cuestiones de negocios y “por puro placer de conocer lo ignorado”.

El último pasajero era un locósmico, un ser de ese planeta llamado Locosmos del cual hasta entonces pensaba yo que era un invento de las revistas.

El locósmico se sentó junto a mí y me dio conversación. Me hizo algunas preguntas sobre mi país y luego me contó que el deporte más popular



de su planeta es la “Carrera de Casas”. Compiten, me explicó, dos equipos formados por unos diez mil jugadores cada uno. Sobre una pista de cincuenta kilómetros cada equipo debe arrastrar una casa. Gana el que primero arriba a la meta con su casa. ¿Se estaría burlando de mí?

Al mediodía la azafata-robot nos invitó a pasar al comedor. Traté de que mi silla quedara frente la de la chica (escuché que la abuela la llamaba “Marcia”), pero la estúpida de la azafata observó:

—Que el niño se siente de este lado.

—¿A qué niño se refiere? —pregunté fastidiado. Todos rieron. También Marcia.

El locósmico comió algo así como fideos de alambre, que llevaba a su boca mediante una cuchara con imán. Como los locósmicos tienen dos bocas —una en la cara para hablar y otra en la nuca para comer— se sientan de espaldas a la mesa y se valen de un espejito para acertarle a la boca. Todos observábamos su complicada manera de alimentarse y lo guiábamos en el manejo de la cuchara con rápidas órdenes: “A la derecha... más hacia abajo... un centímetro a la izquierda”.

Injustamente fui reprendido por todos cuando el locósmico introdujo en su oreja una cucharada de fideos. Me acusaron de haberlo guiado mal deliberadamente.

A mí me sirvieron pescado estelar frío y pepinos violetas de Saturno (¡puaj!). Justo cuando mordí el primer bocado y mi expresión se desfiguró del asco, Marcia levantó la vista y me miró por primera vez desde que entráramos en el comedor. “¡Maldición, maldición!” me dije. Para colmo, en dos oportunidades hice el comentario de que ese lugar estaba lleno de mosquitos. Entonces el locósmico me explicó al oído que ese zumbido que yo atribuía a los mosquitos era el sonido que producen los plutonianos al hablar. Los miré atentamente. El matrimonio estaba de gran conversación: las antenitas vibraban a más no poder.

A poco de que regresáramos al salón principal nuestra nave estuvo a punto de chocar contra un plato volador. El conductor-robot tuvo que hacer una arriesgada maniobra para impedir el impacto pero la nave se sacudió tanto que me hizo desparramar frutas por todos los rincones. Durante los siguientes quince minutos el conductor-robot se lo pasó insultando a su colega del platillo volador con el que estuvo a punto de estrellarse, como si el otro pudiera escucharlo.

—¡Qué maleducados fabrican a los robots últimamente! —fue el comentario que hizo la abuela de Marcia.

Entre varios me ayudaron a recoger las frutas: para reunirme con la totalidad de las minisandías de Saturno, que tan cariñosamente había juntado mi abuelo, fue necesario revolver el salón centímetro a centímetro (las minisandías son cinco veces más pequeñas que una uva).

—¿Qué le sucede a este niño? ¿No puede quedarse quieto un momento? —protestó la abuela.

—¡Se le cayeron las frutas! —le explicó Marcia. En eso, mientras perseguía arrodillado a una manzana “viva” (las de Saturno pueden rodar por propia iniciativa y por eso las llaman “vivas”), se escuchó un fuerte chillido. Era el señor pequeñito de Ganonius, al que yo acababa de aplastar contra el piso de un rodillazo. El pequeñín se rehízo, agitó su puñito y descargó un golpe sobre mi cabeza aprovechando que yo estaba tirado en el piso.

Casi no lo sentí. Fue como un coscorrónico de hormiga debilitada. Sin embargo, con una expresión terrible me dijo en su idioma algo así como:

—¡Atwrdrquykjhgiuyopervdgvwertaxrnzuyb...!
Temblando, volví a mi sitio.

Habrían transcurrido unas cinco horas de vuelo cuando vimos que una mole gigantesca de

piedra venía a nuestro encuentro. En segundos apareció más claramente en nuestra visión, luego se fue agrandando y de pronto la teníamos encima. Enmudecidos, la vimos pasar a centímetros de la trompa de la nave. No llegamos a ver si rozó o no nuestro vehículo pero lo cierto fue que todos saltamos del asiento y luego, cuando la nave dejó de sacudirse, nos encontramos tirados por el piso.

Nos habíamos salvado de milagro. Sin embargo, enseguida reparamos en que marchábamos silenciosamente: no funcionaban los motores. Y antes de tener tiempo de lamentarnos, el locósmico, que había corrido hacia la cabina de mando para ver qué estaba ocurriendo, nos anunció que el conductor-robot se había desconectado luego del golpe.

Fuimos a verlo: estaba en la misma posición habitual pero no movía ni un dedo de los cuarenta que tenía. No éramos demasiados pero de todas formas se armó un gran griterío. Ninguno sabía cómo manejar la nave o de qué manera utilizar los instrumentos de comunicación para poder hablar con la Tierra o con cualquier otro planeta.

En cuanto a la azafata-robot, siguió sirviendo café y, si le preguntábamos cómo salir de la situación en que estábamos o cómo hacer para dirigirnos a algún sitio conocido, invariablemente

nos respondía en ocho idiomas cósmicos distintos y en ICU la misma frase: “La contestación a su pregunta no ha sido programada. Por favor intente preguntar algo más fácil”.

Durante toda la noche la nave estuvo viajando sin rumbo. Los pasajeros permanecimos despiertos, yendo y viniendo de la cabina de mando hacia la sala de pasajeros.

Uno de los intentos por salvarnos fue accionar botones y teclas del tablero de mando, apostando a que alguno de esos cientos de cuadraditos con luces pusiera en funcionamiento el equipo de comunicación. Durante dos horas el locósmico y el hombrecito de Gamonius (parado sobre una silla) estuvieron intentándolo infructuosamente. Al fin, derrotados, regresaron a la sala de pasajeros.

—¡Debemos racionar la comida! —exclamó casi desesperado el señor Piero N. Mastrángelo cuando ya habían pasado diez angustiosas horas. Frotaba nerviosamente su enorme panza y mantenía sus ojos clavados en mi paquete de frutas y en todo bulto sospechoso de contener alguna golosina o alimento.

La azafata-robot continuaba ofreciendo café como una tonta y sonriendo amable. Los